



Julián Ibáñez

Yo fui mercader de mujeres



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO

— COLECCIÓN ESTRELLA NEGRA, n.º 23 —

SERIE BELLÓN, 11

MADRID • MMXIX

Todos los derechos reservados.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento transmisión de la totalidad o parte de su contenido por método alguno, salvo permiso expreso del editor.

De la obra © JULIÁN IBÁÑEZ

De la edición © Cuadernos del Laberinto
www.cuadernosdelaberinto.com

Dirección de la colección: CARLOS AUGUSTO CASAS

Diseño de la colección: Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Ilustración de cubierta © Master1305
Fotografía del autor en solapa © Getafe Negro

Primera edición: Noviembre, 2019
I.S.B.N: 978-84-120563-2-7
Depósito legal: M-33643-2019
Impreso en España.



www.cuadernosdelaberinto.com

Serían como las doce cuando las chicas llegaron a las manos. En Polvoranca, el parque que está entre Móstoles y Leganés, una noche entre semana del mes de marzo. Buey me había metido un par de billetes en el bolsillo para que pusiera un poco de orden. Era más pasta de lo habitual, en realidad dos de veinte, así que me presenté en Polvoranca con la cachiporra grande, dije hola a las chicas y estuve patrullando hasta casi las cinco. La verdad es que eran solo dos chicas, Mercy y Joy, les correspondía el trozo de acera desde Pérez Lorena hasta Fuensanta. La acera de enfrente era de Pollo, con otras dos chicas, dos negras tan altas como yo y músculos como los míos.

A eso de las dos apareció Canilla, muy repeinado (era uno de esos tipos sin tatuajes), con una especie de traje de doscientos pavos y con botas de motorista. Mostrándose muy meloso porque me dio la mano con una sonrisa de primera y un qué tal estás y me alegro mucho de verte. Algo que no era verdad, le daba igual verme o no verme, en todo caso estaba seguro de que no le había gustado encontrarse conmigo. Porque no venía solo, traía mercancía de tercera: dos negras con los treinta perdidos de vista, chaparras y con un culo así de grande. Me pareció extraño porque en aquella acera no se iban a estrenar, con las otras dos negras de casi uno ochenta y un culo en las nubes, así y todo le advertí, como respuesta a su saludo, que si ponía

sus botas en mi trozo de acera, le arrancaría su bonito traje, me cagaría en él y luego se lo volvería a poner. Así que el resto de la noche fue sobre ruedas.

Hasta a eso de las cuatro, cuando apareció la pasma. Venían a pata y eran tres. Que vinieran a pata hizo saltar todas mis alarmas. Aunque su objetivo no era yo ni ninguna de las chicas, era Canilla. Que les vio demasiado tarde, cuando ya le habían rodeado con las manos fuera de los bolsillos y una sonrisa que nada tenía de sonrisa. Le dijeron «hola, ¿qué tal estás?» y le pusieron los grilletes sin que opusiera resistencia, aunque no dejó de gritar eso de que no había hecho nada y que había estado toda la tarde viendo la televisión con su madre. Le metieron en el Peugeot y se lo llevaron. Y allí se quedaron las dos negras chaparras, como si les hubieran quitado la poca ropa que llevaban puesta.

Los coches se detenían, las echaban un vistazo y luego aceleraban. Las otras chicas habían hecho ya tres o cuatro servicios. Las dos chaparras caminaban acera arriba acera abajo, cuando aparecía un buga corrían al bordillo y en su jeta aparecía una mueca que debía ser una sonrisa. La mayor parte de los coches no se detenían, metían gas como si hubieran visto a Lucifer.

Desde hacía un par de días me estaba moviendo en un Renault que había encontrado en el Bulevard, marchaba bien, solo me exigía que de vez en cuando le echara un par de pavos de gasolina. Así que, como a eso de las cinco, les dije a las dos chaparras que embarcaran. Dudaron un poco, buscaron una respuesta en mi entrepierna y al fin subieron al Renault, en los asientos de atrás.

Puse rumbo al Gallinero. Era tarde, pero en el bordillo de Cardenal Rouco nunca echaban el cierre, a partir de las ocho aparecían algunos viejos con ganas de que una mano delicada azotara el aire con su gusano. Suponía que las dos negras sacarían para pagarse un plato de sopa y la pensión.

—¿Cómo os llamáis? —les pregunté cuando cruzábamos La Vaguada, mirándolas por el retrovisor.

Transcurrió un minuto.

—... Fátima —contestó una de ellas al fin, con voz apagada.

—¿Y tú?

—... Fátima —me respondió la otra un minuto después, casi inaudible.

—¿Fátima las dos?

—Fátima... Fátima —respondieron las dos a la vez, algo más decididas.

Así que dos Fátimas, Fátima uno y Fátima dos.

— Yo soy Bellón.

En Cardenal Rouco estaba Morlans con su chica, otra negra de pelo rizado, guapa pero de la altura de un bolardo. Morlans se dedicaba a la venta de toda clase de pastillas falsas. Le iba bien. Las pastillas hacían efecto porque la causa de que a algunos tipos el badajo no se les levantara estaba en el coco.

Desembarcamos y le indiqué a las Fátimas.

—Dos diamantes sin pulir. Trátalas bien y no te quejarás.

Se quedó mirándolas, como se mira una caja de pescado no del todo fresco, y no dijo ni que sí ni que no, ni preguntó nada, quizás porque todavía no se había despertado. Morlans era de compleción media, sin embargo daba sensación de fortaleza física, quizás por su tez tostada, y por sus pómulos, muy marcados, como si estuviera en forma, como si se ganara la vida en un bosque con un hacha.

—No te quejaras —insistí.

Iba a dar media vuelta para regresar al Renault dejándole aquel par de diamantes sin pulir, cuando me llegó su voz en un tono contundente:

—Uno de cien.

Me detuve y fingí pensarlo, estudié a las Fátimas como a dos lingotes recién sacados de la caja fuerte y balanceé un poco la cabeza como si la cifra no me acababa de encajar. Le clavé la mirada tratando de adivinar si me quería estafar. Me la sostuvo impertérrito.

—Bueno, venga —dije resoplando.

Sacó un fajo, separó cuatro de cincuenta y me los tendió. Los atrapé disimulando la sorpresa: A UN BILLETE LA PIEZA.

—Bingo —le dije, clavando el dedo índice en dirección de las Fátimas.

Me despedí de las negras con la mano y enfilé hacia el Renault.

Había ejercido de buen samaritano y el Buen Dios le había dado a la botella.

A la mañana siguiente, serían como las ocho, cuando entré en el Menta y Canela, como hacía todas las mañanas para comprobar si había algún recado para mí y empinar el primer botellín del día.

Lo primero que vi fue a las dos Fátimas en una mesa con una taza de café y un bollo. Saltaron al verme y corrieron hacia mí con la mano levantada ofreciéndome un puñado de billetes.

—¡Don Bellón! ¡Don Bellón!

«Don Bellón», ni mi madre me había llamado así cuando a los siete años me puso una corbata.

—¿Qué hacéis aquí?

—¡Don Bellón! ¡Don Bellón!

—Guardad esa pasta.

—¡No, no! ¡dinero suyo, don Bellón! ¡pasta suya, don Bellón!

Había una docena de clientes que dejaron de hablar y de beber volviendo la cabeza para contemplar a un hombrecillo verde bajando de la nave; también Florián y Elvira, ésta con la jarra de leche en la mano detenida a mitad de camino de la cafetera. Habían aparecido un par de sonrisas sustituidas por un par de espaldas para que don Bellón no se mosqueara.

Incluso una de las Fátimas trató de meterme los billetes en el bolsillo. Eran billetes de cinco.

—¡Suyo! ¡suyo, don Bellón!

Le aparté la mano.

— ¿Y Morlans?

—¡Morlans, no! ¡Don Bellón! ¡No, Morlans! ¡don Bellón, don Bellón!

Las sonrisas se habían transformado en mandíbulas flojas y bocas abiertas; otros dos o tres clientes nos dieron la espalda para librarse de un capón; Florián movía tazas y platillos con una expresión de sorna de las que duran una semana.

—Te quieren —me dijo, mientras me indicaba con la barbilla un papel sobre el mostrador.

Me estaban enfadando, me daban ganas de azotar sus hermosos traseros.

—Seguid con el café, luego me contáis vuestras aventuras —les dije.

El papel era una nota de Gaitán, que le llamara a comisaría. Aquello me sorprendió, incluso había pasado por mi cabeza que se había olvidado de mí, de la mandanga y las ranas, pero sin convicción, su zarpa rodeaba mi cuello y solo necesitaba apretar un poco para que la lengua de don Bellón flameara como una bandera. Se confirmaba que iba a exprimirme, a meter la mano en mi entrepierna y apretar mi trinidad. Sabía que no me equivocaba. Busqué en la guía el número de la comisaría de Fuenlabrada y lo marqué. Me contestaron casi al instante, dije que quería hablar con Gaitán y que era Bellón.

—Sí —con desgana.

Porque en realidad no era más que un jefecillo. Yo sabía un par de cosas de él, me había informado, pero no con el peso suficiente como para que me permitiera poner los pies sobre su mesa.

Continuaba con las dos Fátimas encima ofreciéndome el puñado de billetes de cinco, había alguno de diez. Agité la mano para que se largaran. Las dos tenían bíceps de estibador de tanto hacer pajas de media hora.

—Tú —era la voz de Gaitán, colocando la navaja en mi yugular.

—Bellón.

Una de las Fátimas trataba de meterme los billetes debajo de la camisa.

—Ven para acá, anda. Tienes trabajo. Ahora.

Dejé transcurrir un par de segundos, como si lo tuviera que pensar. Agarré la muñeca de la Fátima.

— Vale.

Y cortamos. Separé la mano cargada de calderilla.

—Guardad esa pasta, ahorrad para el billete de vuelta para la selva. ¿Qué ha pasado con Morlans?

—¡Morlans, no! ¡Morlans, no! ¡Señor Bellón! ¡Usted señor don Bellón!

Algo les había pasado con Morlans. Las estaría buscando. Las eché un vistazo, parecían enteras, no las había sacudido así que no le habían dicho que se largaban. No le gustaría, lo primero que le vendría a la cabeza serían los cuatro de cincuenta y Bellón con el codo en la barra del Menta y Canela . Pensé si

sabría dónde paraba, pero todo el mundo sabía dónde paraba don Bellón.

—Está bien. Embarcad.

Pagué sus cafés y el botellín y salimos del bar.

Tenía que ir donde Gaitán y no sabía qué hacer con las Fátimas.

Les pregunté de nuevo qué había pasado. Y de nuevo tuve la respuesta «¡Morlans, no!, ¡Morlans, no!, ¡don Bellón!», y luego metieron también a Canilla, que Canilla tampoco, que solo tenían un dios que se llamaba don Bellón y que iban a hacer pajas con las dos manos y todo para don Bellón.

Bueno, bueno.

Gaitán me iba a encargar algo y yo no le podía decir que no, a saber qué clase de encargo era. Vigilar a otros polis, porque entre ellos se llevaban a matar. A Azucena la había liquidado un poli y a mí no me había extrañado, el mayor enemigo de un poli es el poli de la mesa de al lado. Podía presentarle a las Fátimas, que si estaba necesitado, precio de amigo, colega, te sentirás como un gorila dentro del nido.

Las llevé a Alcobendas, al bar Albericia donde se reunían dos o tres pringaos que estaban en el negocio.

Aunque era pronto había un par de amos, sin sus chicas que estarían recuperando fuerzas con la oreja pegada a la almohada. Uno de ellos era Genaro, al otro, de expresión canina pero con aspecto de llevar puesta toda la ropa de su armario, no le conocía.

Había una docena de clientes, a aquella hora solo tipos con aspecto derrotado. No me gustaba Genaro, había estado en la trena tres o cuatro años y se decían cosas de él, que era una especie de perro de presa, que hablaba poco pero que era mejor que no sacara las manos de los bolsillos. No era muy alto, pero sí fuerte, correoso, con un aspecto en general que te daban ganas de pegarle un tiro. Con una jeta que nunca había sonreído.

El otro tipo se levantó, se estiró, bostezó y se largó. Solo quedaba Genaro y yo tenía prisa. Pensé que los amos siempre llevan un fajo en el bolsillo que les sirve de pedestal para contemplar el mundo desde las alturas. Gaitán me estaría esperando.

—Cien la pieza —le dije.

Ni siquiera las miró. Estaba sentado a una mesa pero vuelto hacia la barra, con las piernas estiradas y cruzadas. Sobre la mesa había un papel y un bolígrafo, porque estaba haciendo cuentas, sumando y restando como en los viejos tiempos.

—¿Qué saben hacer? —preguntó sin volver la mirada.

—Todo el repertorio. Y un número especial por veinte pavos recién traído de la selva.

Le di la espalda para pedir un par de cafés para las Fátimas, porque no estaba seguro de mi expresión de póker, ni si mis defensas serían capaces de resistir la mirada de cobra de Genaro.

—Os quedáis con este señor. Es un amigo. Él os cuidará.

Era un hijoputa, lo que no quería decir que fuera idiota, sabría cuidar su inversión.

Al fin volvió la cabeza para estudiar a las Fátimas, mientras su cerebro hacía cálculos; pareció enganchar una idea porque metió la mano en el bolsillo y sacó el fajo .

Dos de cien, ni un céntimo menos, sí señor. Precio fijo, mercancía de primera, señoras y señores.

Enfile hacia La Elíptica para tomar la autovía de Toledo y salir para Fuenlabrada. Se me había hecho tarde. Pero colocar